

charles davis:

la verdad, la autoridad

f. chamberlain

En diciembre del año pasado el mundo católico de habla inglesa sufrió un choque de incalculables dimensiones: Charles Davis, quizá el teólogo más prestigioso del catolicismo inglés, anunció su intención de abandonar la Iglesia. Davis, perito del Concilio, director de la revista CLERGY REVIEW, autor de varios libros, y sin duda el jefe de las fuerzas de la renovación en Inglaterra, manifestó que las causas principales de su decisión de dejar el catolicismo fueron dos: la preocupación dentro de la Iglesia por “la autoridad a expensas de la verdad” y “el sistema impersonal de la Iglesia que a menudo machaca a las personas”.

Davis expuso las razones de su salida en una larga declaración a la prensa. Sin embargo, la naturaleza del asunto es tan compleja, que no se puede justificar por una simple entrevista, por muy amplia que fuera. Lo que sí nos comunican sus declaraciones públicas es su evidente sinceridad y la profunda angustia que sufrió al tratar de compaginar las exigencias de un científico dedicado a la verdad con las prácticas actuales de la autoridad en la Iglesia. Esta tensión se vió con claridad cuando se refirió a la reciente alocución de Pablo VI sobre el control de natalidad. El Papa había afirmado que, aunque la cuestión se estudiaba y que era imposible dar por ahora una respuesta definitiva, el magisterio de la Iglesia no se encontraba en un estado de duda. Davis comentó: “Pero sí hay una duda. Es un hecho innegable. Se pensó que era necesario decir que no hubo duda para salvaguardar lo que ellos llaman la autoridad. Como teólogo me he enfrentado con esta manera de pensar muchas veces; es lo que llamo una interpretación política de la verdad —la manipulación de la verdad con el fin de conservar las apariencias”. (Para un juicio más equilibrado y justo sobre la alocución papal, el lector puede leer el discurso en el correspondiente número de ECCLESIA, y también el pequeño comentario que publicamos en el número 53 de PROYECCION).

La reacción de las autoridades eclesiásticas y de la prensa católica ante la salida de Davis fue de profundo dolor y comprensión. El Cardenal Heenan, primado de Inglaterra, dijo: “Su conciencia y sus relaciones personales son asunto suyo. Nosotros podemos ahora probar nuestra amistad con él, rogando a Dios que le guíe en todas sus empresas”. La revista jesuítica AMERICA en una editorial reconoció que a veces la Iglesia hiere a sus hijos por “la institución, la burocracia, el sistema, la maquinaria, las fuerzas impersonales —fuerzas que existen en toda institución huma-

na, pero que en la Iglesia asumen un carácter trágico y hasta diabólico por la santidad que desfiguran, la luz que oscurecen". Sin embargo, la misma editorial rechaza las afirmaciones de Davis como "sumamente exageradas". "Es la misma Iglesia, la Iglesia Oficial (la única que hay), que a la vez hiere a sus hijos y los sana, les disgusta y les inspira, les escandaliza y les da la sabiduría de soportar el escándalo".

El caso de Davis no se puede reducir a unos sentimientos personales de un individuo. Las acusaciones del teólogo inglés no son quejas producidas por injusticias personalmente sufridas. Davis rechaza la pretensión de la Iglesia de ser la continuación de la comunidad fundada por Jesús: "Para mí el compromiso cristiano es inseparable de una preocupación por la verdad y por la persona. No encuentro ninguno de estos elementos representados en la Iglesia oficial. Existe una preocupación por la autoridad a expensas de la verdad, y estoy constantemente entristecido por el daño hecho a las personas por un sistema impersonal y sin libertad(. . .) Para mí el cristianismo son las personas. Uno se encuentra con Dios por medio de las personas. No hay posibilidad de una verdadera relación con Dios que exista aislada de la vida humana".

Estas declaraciones son ciertamente exageradas. Decir que la Iglesia en su aspecto institucional no muestra ningún interés sincero por la verdad o que es siempre impersonal en sus relaciones con los fieles, no puede soportar un análisis justo e imparcial. Digo que las declaraciones de Davis son exageradas, no totalmente falsas. Cualquiera que haya vivido dentro del ámbito de la Iglesia institucional reconoce que no siempre hay suficiente atención a las personas en ella. Reconocemos en teoría que somos todos pecadores y limitados, incluso los hombres encargados de la dirección de la comunidad cristiana. Sin embargo, en la práctica, esta limitación frecuentemente no se admite. La autoridad (y aquí no hablo de la autoridad del Papa cuando habla "ex cathedra") asume un aspecto "infalible" que no debe tener. Admitimos teóricamente que el Espíritu Santo obra en toda la comunidad, no sólo en la mente de los superiores eclesiásticos. Pero cuando se intenta crear estructuras de opinión pública en la Iglesia que reflejarían de alguna manera la plenitud de la actividad del Espíritu, tales tentativas a menudo se consideran como un izquierdismo subversivo o, por lo menos, "no oportuno dentro de las circunstancias actuales". No hay que dudar de la buena voluntad que motiva esta manera de actuar, pero sí tenemos que admitir que muchas de nuestras prácticas institucionales no poseen toda su autenticidad objetiva. No ponemos en práctica lo que predicamos. En esto las críticas de Davis, aunque no son del todo justas, tienen mucha verdad.

una reflexión para españa

El caso de Charles Davis puede aparecer como un acontecimiento muy lejano de la realidad de nuestro ambiente. ¿Pero quién de nosotros puede afirmar que un caso semejante sería imposible en España? En el año y medio desde el fin del Concilio han surgido fuertes tensiones en la Iglesia española conocidas por todos. No creo que estas tensiones impliquen un estar al punto del cisma, ni mucho menos; pero no sería correcto minimizar la comparación entre la actitud de Davis y la de varios

sectores de la Iglesia española. Al decir esto, no quiero entrar en una discusión acerca de quién tenga la culpa en esta situación; probablemente la culpa no se puede echar ni a un lado ni a otro, sino en parte, al menos, a todos. Pero el hecho es que existe una desconfianza ante la actitud de la jerarquía (y esto no sólo en España como lo prueba el caso Davis) y ante la forma concreta de guiar a la Iglesia hacia la progresiva realización de las orientaciones señaladas en el Concilio.

¿Qué debemos hacer frente a esta desconfianza? Me parece que las posibles opciones se reducen a dos: una de ellas; reafirmar la disciplina y la obediencia, y de esta manera, poner orden en una situación que resulta cada vez más caótica. Tal solución sería muy deficiente. La obediencia y el respeto hacia la autoridad son necesarios siempre, desde luego, pero el hacer hincapié en estos elementos con exclusión de otros más importantes sería en realidad huir de la posibilidad de una solución verdaderamente cristiana. Una reafirmación de la disciplina tal vez pudiera lograr un cierto orden externo, pero a costa de la legítima libertad de los hijos de Dios. "En una comunidad de amor, tal como es la Iglesia, la buena disciplina y la obediencia a la autoridad legítimamente constituida no son necesariamente signos de la operación del Espíritu. Estos efectos se pueden realizar en un ejército bien reglamentado o en una cárcel. Si la autoridad no busca algo más que la disciplina y la obediencia, no busca las obras del Espíritu" (1).

Hay otra opción que todavía nos es posible: el camino hacia el diálogo fraternal. Ya se ha dedicado un número entero de PROYECCION a este problema (Noviembre, 1966), pero su urgencia e importancia es de tal categoría que nos es necesario subrayarlo una vez más. El diálogo es necesario porque es la única manera de hacer manifestar la actividad del Espíritu que obra en TODOS los rangos de la comunidad, no sólo por medio de las autoridades. El Espíritu es más grande que la jerarquía; nuestras estructuras eclesiales han de reflejar esta grandeza. Actualmente no lo hacen, o lo hacen de una manera muy insuficiente. El Concilio ha pedido a los obispos que se formen estructuras estables de diálogo en sus diócesis. En España y en otros sitios es todavía en gran parte una labor por hacer. Es de esperar que las autoridades eclesiásticas no nos harán esperar mucho tiempo antes de implantar unas formas viables de diálogo en sus respectivas diócesis. Si el caso de Charles Davis nos convence de la necesidad de adaptar las estructuras institucionales de la Iglesia de acuerdo con la múltiple actividad del Espíritu Santo, algún bien resultará de esta tragedia personal.

En este tiempo de crisis —y la Iglesia ciertamente está en crisis hoy— todos necesitamos activar nuestra confianza en la presencia de Dios en su Iglesia. Los que están descontentos con la lentitud de la reforma de la Iglesia nunca deben caer en el simplismo de acusar a los llamados conservadores de mala voluntad. Las causas que impiden la realización de las reformas del Concilio son múltiples; el reducir todas ellas a una falta de buena voluntad muestra por una parte una seria deficiencia de caridad cristiana, y por otra, una pereza intelectual lamentable.

Por otra parte, los que se asustan por el cambio de mentalidad de la Iglesia postconciliar a veces sueñan con los tiempos pasados de tranquilidad y orden. Esta reacción muy comprensible puede llevar en la práctica a una oposición ante cualquier cambio que amenace la estabilidad de la Iglesia institucional. Estos hombres tienen que recordar que la vida cristiana es siempre un riesgo; el quitar el elemento de riesgo del cristianismo es falsificarlo sustancialmente. Porque el riesgo es, al fin y al cabo, permanecer abierto a la inspiración del Espíritu Santo que obra donde y cuando quiera. No se puede limitar su actividad a unos cauces jurídicos determinados; el Espíritu no es un legalista.

Finalmente, no debemos ser demasiado ingenuos acerca del cambio que traerá el diálogo en la Iglesia. Aún con el diálogo habrá que contar con la limitación y el pecado de los hombres. Quizá la siguiente observación del P. McKenzie puede orientarnos en nuestra búsqueda hacia una vida eclesial más auténtica: "Ningún católico realmente se sorprende cuando descubre que la autoridad en la Iglesia es humana y que muestra su humanidad en maneras crudas y obvias; se sorprende cuando se le dice que la autoridad es en realidad sobrehumana y, por tanto, libre de actuar de una manera totalmente humana. La autoridad no pierde prestigio tanto por revelar su debilidad humana como por aparentar que su debilidad humana es otra cosa" (2).

notas

- (1) John L. McKenzie, S. J.: *AUTHORITY IN THE CHURCH* (Sheed and Ward, Nueva York, 1966), p. 161. Este libro espléndido está reseñado en el último número de *PROYECCION*.
- (2) *Ibid.* 109.